

Ver y comprender_ Xavier Rubert de Ventós

[Xavier Rubert de Ventós (1939) es catedrático de Estética en la Escuela de Arquitectura de Barcelona]

Mañana iremos a un museo, asistiremos a una audición o a una obra teatral supermodernas y nos asaltarán mil dudas: “¿Qué significa esta obra?, ¿Por qué no me dice nada?, ¿Cómo es que no la entiendo? Seguramente no estoy a la altura...: mañana mismo debo comprarme uno de estos libros que se titulan *Claves para entender el Arte Moderno, Cómo mirar un cuadro, Saber ver la arquitectura*”.

Y la idea no es tan descabellada. Mucho se puede conseguir con aplicación, dedicación e información cultural. Pueden servir, por ejemplo, como binóculos para ver mejor, como estimulante que nos abra a nuevas sensaciones, etc. Pasa a menudo, sin embargo, que la preocupación por entender el arte opera más como imperativo que como estimulante. A fuerza de buscar lo que la obra significa, de querer entenderla, nos olvidamos a menudo de verla u oírla, simplemente. Somos hipermétropes que, a fuerza de buscar más allá o más en el fondo lo que la obra significa, nos pasa desapercibido aquello que tenemos más acá, justo en su superficie.

No es por casualidad que hoy las cosas vayan así. El arte de otras épocas nacía y vivía emulsionado con las demás prácticas vigentes. Sus obras no eran nunca puros productos artísticos: eran fetiches protectores, utensilios o tatuajes, imágenes religiosas, músicas festivas, pasatiempos de corte, retratos de *héroes nacionales*... De aquí que la atención que suscitaban fuera siempre híbrida, polimorfa, y (para usar el término de Benjamín) más bien *distraída*. Al ir perdiendo conexión con las prácticas o creencias seculares, no obstante, al ir transformándose en productos artísticos y sólo artísticos (quiero decir en cuadros en lugar de retablos, en esculturas en lugar de ídolos, etc.), al reclamar una atención específica y unívocamente estética, las obras mismas parecían elevarse a un rango supremo y exquisito que a menudo suscitaba una atención más aplicada o fetichista que propiamente estética –al fin y al cabo más *mental* que *sensual*.

Esta actitud reverencial respecto al arte se ha visto aun reforzada por el hecho de que el valor o relevancia de la corrientes artísticas de nuestro tiempo nos parecen casi siempre promulgadas o *canonizadas* ya antes de poder apreciarlas personalmente. Una situación que favorece dos tipos de respuestas, tan patológicas la una como la otra: el *complejo de inferioridad* de aquellos que no consiguen ver o sentir lo que, según los expertos, se debe ver o sentir; y el *esnobismo* de aquellos que deciden hacer como si sintiesen y se conforman con *ver la pintura de oído*.

Esto no es un fenómeno excepcional, que afecte sólo al arte. Yo creo que todo adoctrinamiento repetitivo y dirigido a quien no está en condiciones de

See and understand_ Xavier Rubert de Ventós [Xavier Rubert de Ventós (1939) is esthetics professor at the Architecture School of Barcelona] Tomorrow we will go to a museum, we will attend a hearing or an ultra modern play and a thousand doubts will assail us: “What does this play mean? Why does it not say anything to me? How is it that I do not understand it? It certainly exceeds me...: Tomorrow I should buy myself one of the books that are entitled *Keys to Understanding Modern Art, How to look at a painting, Knowing how to look at architecture*.”

And the idea is not so farfetched. Much can be achieved with application, dedication and cultural information. They can serve, for example, as binoculars to see better, as a stimulant to open our eyes to new sensations, etc. It often happens, however, that the concern for understanding art works more as an imperative rather than a stimulant. By dint of seeking what the work of art means, of wanting to understand it, we often forget to simply see or hear it. We are farsighted, and by dint of looking beyond or at the bottom of what the work of art means, we often do not see what we have right in front of us, what is on the surface.

It is no coincidence that things are the way they are today. The Art, of other time periods, was born and lived emulsified with other practices. Its Art was never a pure artistic product: They were protective fetishes, utensils or tattoos, religious images, music festivals, cutting hobbies, portraits of *national heroes*... Hence the attention they raised were always hybrid, polymorphous, and (to use Benjamin's term) rather *distracted*. Upon losing the connection with secular beliefs or practices, however, upon being transformed into artistic products and solely art (I mean paintings rather than altarpieces, sculptures rather than idols, etc.) in claiming a specific attention and uniquely aesthetic, the art work themselves seemed to rise to a superior and exquisite class which often raised a more applied or fetishist attention rather than aesthetic –in the end it is more *mental* than *sensual*–.

This reverential attitude, with respects to art, has been reinforced by the fact that the value or relevance of the artistic currents of our time, almost always seem promulgated or *canonized* before they can be personally appreciated. A situation that favours two types of responses, both pathological: the *inferiority complex* of those who cannot see or feel what experts say should be seen or felt: and the *snootiness* of those who decide to feel and conform to *seeing the painting of hearing*.

This is not an exceptional phenomenon that only affects art. I think all repetitive indoctrination and indoctrination aimed at those who are not able to

experimentar aquello que le dicen, tiende más bien a favorecer la indiferencia o el cinismo por parte del receptor. ¿Dónde nos ha llevado la cantinela de los catecismos, rosarios o mandamientos repetidos maquinalmente sino a una insensibilidad religiosa casi tan vacía y tan banal como aquella devoción del rosario del atardecer entre bostezos?

De aquí, volviendo al arte, dos observaciones o consejos para sus consumidores.

A menudo la gente va a los supuestos especialistas en arte o estética como quien va al médico. Sólo que en lugar de decir: “Señor doctor, yo siento aquí tal y tal cosa... ¿es grave?”, a estos se les dice: “Señor crítico, yo no siento nada al mirar tal o tal obra de arte... ¿es grave?”. Y mi primer consejo es éste: se debe pensar que no es grave, que no pasa nada si uno no siente, no ve, no vibra delante de una obra... Tal vez sea, simplemente, que no hay de qué, y en cualquier caso la primera condición para llegar un día a sentir algo -en el arte como en la mística e incluso en el sexo- es perder toda ansiedad para conseguirlo.

El segundo consejo es pensar que la autenticidad que importa no es la de la obra sino la de la experiencia que la creó o que la contempla, y que debemos desentendernos de la preocupación fetichista por la *originalidad* de la obra, de la preocupación mercantil por su *autenticidad*, de la preocupación culturalista por su *valor*, de la preocupación esnob por su novedad o *exclusividad*...

Kant decía que no hay más moralidad que la de la intención -y de igual manera podríamos pensar que no hay más originalidad que la de la experiencia verdadera- sea cual sea. Una experiencia que cuando es realmente nueva nos coge desprevenidos, y sin saber cómo acabar de situarnos frente a ella. Y así es como ante una obra de arte: 1. o la queremos comprender, sufrimos, y a menudo hacemos *costra*, 2. o nos abandonamos a ella y *desfallecemos*. *Dulce abandono*...

Este tipo de cosas las escribía yo -¡uf!- hace ya más de treinta años, e incluso me atreví a lanzar el término *arte aplicado* para referirme a una nueva coyuntura de las artes que hoy va del multimedia al minimalismo de las artes y al maximalismo simbólico de los museos. Pero pronto, con esta acelerada implicación y mezcla de política, cultura y tecnología digital, todo me parece ya tan evidente que ya ni hacía falta hablar más de ello. Mejor dejarlo para que nuevos *críticos* como Catherine David escandalicen el personal anunciando periódicamente una muerte u otra de las Bellas Artes, de la Vanguardia o de quién sabe qué.

experience what they hear, tends to encourage the indifference or cynicism on the part of the receiver. Where has the mantra of the catechisms, the rosaries or the mechanically repeated commandments taken us but to a religious insensitivity almost as empty and as trivial as the sunset Rosary devotion between yawns?

Hence, returning to art, two observations or advice for its consumers.

People often go to the supposed experts in art or in aesthetics as one goes to the doctor. Only instead of saying, “Doctor, I feel like this and this... Is it serious?” these are told: “Mr. Critic, I don't feel anything when looking at such or such work of art ... Is it serious?” And my first advice is this: You should realize first of all that it is not serious. That it's okay if you do not feel, if you do not see, or if you do not vibrate in front of a work of art ... Perhaps there is nothing wrong with you, and in any case the first thing to do in order to one day feel something, -in art, in the mystical and even in sex- is to lose all anxiety to obtain it.

The second tip is to think that the authenticity that is really important is not that of the work of art itself but the experience that created it or perceived it, and that we should ignore the fetishistic concern for the *originality* of the work, the concern for its commercial *authenticity*, its cultural concern for its *courage*, its concern for its novelty or *exclusiveness*...

Kant said that there is no greater morality than the intention -and we could likewise think that there is no greater originality than true experience- be it whatever. An experience that is truly new catches us by surprise and leaves us not knowing how to react when before it. And that is the experience you feel when before a work of art: 1. we either want to understand it, we suffer, and often we *scab*, 2. or we abandon ourselves to it and we *lose heart*. *Sweet abandonment*...

I wrote about this stuff -phew!- more than thirty years ago, and I even dared to use the term *involved art* to refer to a new phase of the arts that today is going multimedia to the minimalism of the arts and to the symbolic maximalism of museums. But soon, with this rapid involvement and mixture of politics, culture and digital technology, it all seems so obvious that I no longer see the need to talk about it any longer. I think it is best left for the new *critics*, as Catherine David, to scandalize the staff by periodically announcing a death of the Fine Arts, of the Vanguard or of who knows what.